

la hora de preparar el almuerzo, tendidos ya los chinchorros de los robustos troncos de árboles del frondoso bosque que se avanzaba hasta el borde de la arena, mientras contemplábamos con ávidos ojos las fogatas sobre las cuales hervía con susurro tentador el sancocho que había de servirnos de almuerzo, nos vimos invadidos por una muchedumbre de indios de ambos sexos y de todas edades, salidos como por encanto de entre el agua y de la selva vecina. Con grande algarabía se acercaron á nosotros tendiendo las manos, pidiéndonos cuanto teníamos, y tocando todos aquellos objetos que estaban á su alcance, los cuales se hubieran llevado á poderlo hacer. A todo esto estábamos ya habituados, pero aquí comenzó algo desconocido.

La mayoría de los hombres entre los indios, vestía el mismo traje rudimentario de aquel que no había querido ceder á nuestras instancias, ni entrar en trato con nosotros; las indias, en lo general, llevaban una especie de camisas hechas de tela de algodón obtenida de los racionales, ó de tela de fibra ó de corteza de árboles, llamada *marimba*, pendiente de los hombros, y que les llegaba hasta la rodilla. Muchas de ellas traían niños de pocos meses en los brazos, y á su lado caminaban otros de pocos

años. Solamente un indio llevaba los pantalones reglamentarios entre los hombres que profesan la civilización occidental, y una camisa de lienzo como las que usan los trabajadores en las tierras cálidas de Colombia y de Venezuela. Este indio era el capitán ó jefe de la tribu. Hablaba algunas palabras de castellano. Hizo presente á Leal que deseaba obtener el bautismo para algunos niños. Leal le repuso que los misioneros, es decir, nosotros, reposábamos por el momento, y en verdad que no mentía, cosa que el indio podía ver por sus propios ojos, pues que en sendos chinchorros yacíamos tendidos á corta distancia de él. Díjole, además, Leal, que no debía molestársenos, pues acaso no dormíamos, sino que pudiéramos estar sumidos en alguna profunda meditación religiosa. No creemos que el indio comprendiera esta segunda parte de la exposición de Leal, y tememos que ese argumento no hubiera tenido fuerza para su alma de infiel; empero, como Leal para impedirle que insistiera, le hizo donación de un pedazo de carne, el fervor religioso del indio se calmó y no insistió. No sucedió así con una india, madre de tres niños que ansiaba para ellos el baño santo de las aguas bautismales. Acosado Leal por ella, y no hallando otro modo de salir del paso, con-